

DOCUMENTO  
“ESTILO DE VIDA  
CRISTIANA ADVENTISTA”





# ESTILO DE VIDA CRISTIANA ADVENTISTA<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

La Iglesia Adventista del Séptimo Día, reconoce la importancia del sacrificio de Cristo en la cruz como precio pagado por nuestra salvación. Dios, en su infinito amor por el mundo, "...que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Él "...muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom. 5:8), y nos invita a aceptar ese sacrificio de amor, a entregarle completamente la vida y a nacer de nuevo en Cristo (Juan 3:3-15). La persona que pasó por esta experiencia con Jesús debe ahora andar en "novedad de vida", entregándole todo su ser y todos los aspectos de su vida (Rom. 6:1-11). "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Cor. 5:17).

Una vida renovada lleva al cristiano a un alto patrón de comportamiento a través de un estilo de vida que glorifique a Dios, y que evidencie públicamente la fe y el compromiso que tiene con Cristo Jesús. Dos enseñanzas bíblicas fundamentan la importancia del estilo de vida para el cristiano adventista: 1) La restauración de la imagen de Dios en el ser humano; y 2) la misión profética específica de la Iglesia Adventista en el fin de los tiempos.

*La restauración de la imagen de Dios.* De acuerdo con las Escrituras, el ser humano fue creado a "imagen y semejanza" de Dios (Gén. 1:26, 27). Esta realidad fue manchada por el pecado (Gén. 3). Desde la caída, en tanto, Dios ha trabajado por la restauración plena de esta imagen en el ser humano (Rom. 8:29; 1 Cor. 15:49; 2 Cor. 3:18; Efe. 4:22-24; Col. 3:8-10) a través de la redención en Cristo Jesús, y de la actuación del Espíritu Santo en la vida y la mente de aquellos que responden positivamente a su invitación a la salvación (Juan 1:12, 13; 3:3-16).

En este proceso de restauración, Dios llama a sus hijos a un reavivamiento y reforma a través del compromiso con la santidad. "Seréis santos, porque yo soy santo" (Lev. 11:44, 45; 19:2; 20:26);

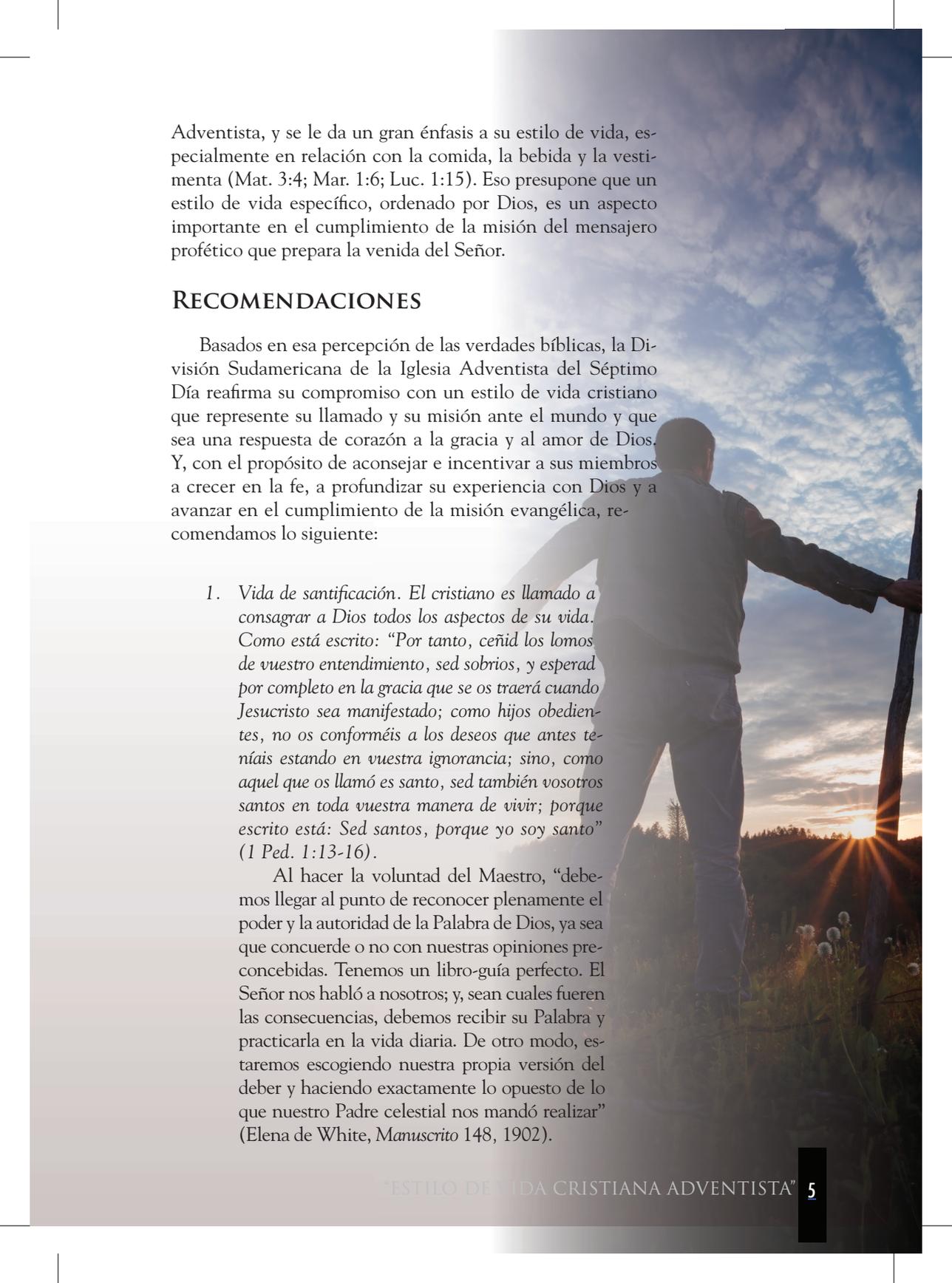
<sup>1</sup> El presente documento fue elaborado a partir de las orientaciones sobre el tema que aparecen en el *Manual de la iglesia*, edición revisada en el Congreso de la Asociación General de 2010 (Buenos Aires: ACES, 2011), pp. 136-144; y en el capítulo "Estilo de vida y comportamiento cristianos", del *Tratado de teología adventista del séptimo día*, ed. Raoul Dederen (Buenos Aires: ACES, 2009), pp. 759-814.

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mat. 5:48). Estas exhortaciones bíblicas son muchas veces malinterpretadas y usadas como base de un legalismo exigente y frío, comúnmente denominado *perfeccionismo*. Por otro lado, en el Sermón del Monte (Mat. 5:43-48), Cristo dejó en claro que “ser santo” y “ser perfecto” como Dios es ser un canal divino de su gracia, su amor y su bondad hacia los seres humanos. El cristiano se convierte en un canal de Dios al amar sinceramente a todas las personas con las que se relaciona, orando por ellas y ayudándolas, aun cuando sean sus enemigos o sus perseguidores. El cristiano es llamado a imitar a Dios en todos los aspectos de su vida (1 Ped. 1:13-16).

Para que esto sea posible, Dios concede a sus hijos el Espíritu Santo, el Consolador, que opera en la mente y corazón de los seres humanos, lo que incluye cultivar los atributos internos (amor, bondad, compasión, justicia, verdad, pureza, honestidad, responsabilidad, altruismo, etc.) y los externos (modestia, decencia, temperancia, buenas obras, etc.). Esos atributos representan la restauración del carácter divino evidenciado por el fruto del Espíritu en la vida de los hijos de Dios (Rom. 12:1-13:14; Gál. 5:16-26; Efe. 4:17-5:21; Col. 3:1-17; 1 Tes. 4:1-12; 1 Tim. 2:8-3:13).

*La misión profética de la Iglesia Adventista.* La segunda enseñanza bíblica que recalca la importancia de un estilo de vida consagrado a Dios es la misión específica de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Desde sus inicios, los adventistas del séptimo día se consideran un movimiento profético, con la misión especial de preparar a un pueblo para la segunda venida de Jesús. Ese movimiento fue profetizado de distintas maneras: en Isaías 40:1 al 5, como la “voz que clama en el desierto”, preparando el camino del Señor; en Isaías 58:12, como “reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar”, que restablecería las verdades bíblicas olvidadas, entre las cuales se encuentra la santificación del sábado; en Malaquías 4:4 al 6, como el Elías que precedería a la venida del Mesías. Su cumplimiento fue predicho en Apocalipsis 14:6 al 12, con el triple mensaje angélico predicado en los últimos días de la historia humana por los “santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.

La misión de la Iglesia Adventista es la misma que la de Juan el Bautista: preparar a un pueblo para la venida de Jesús, y ambos son objeto de las profecías específicas de Isaías 40 y Malaquías 4. Juan el Bautista es, por lo tanto, un modelo profético de la Iglesia



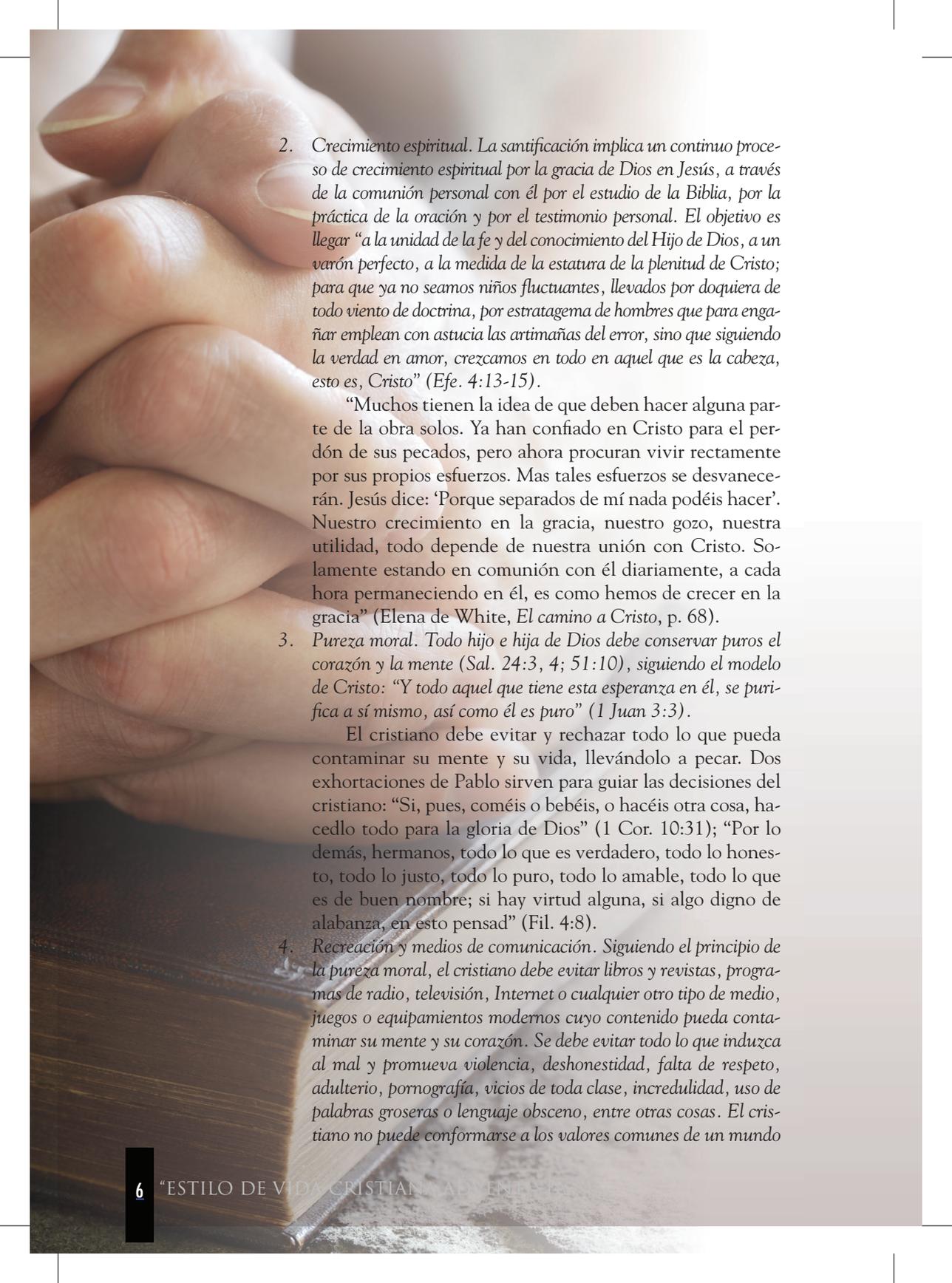
Adventista, y se le da un gran énfasis a su estilo de vida, especialmente en relación con la comida, la bebida y la vestimenta (Mat. 3:4; Mar. 1:6; Luc. 1:15). Eso presupone que un estilo de vida específico, ordenado por Dios, es un aspecto importante en el cumplimiento de la misión del mensajero profético que prepara la venida del Señor.

## RECOMENDACIONES

Basados en esa percepción de las verdades bíblicas, la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día reafirma su compromiso con un estilo de vida cristiano que represente su llamado y su misión ante el mundo y que sea una respuesta de corazón a la gracia y al amor de Dios. Y, con el propósito de aconsejar e incentivar a sus miembros a crecer en la fe, a profundizar su experiencia con Dios y a avanzar en el cumplimiento de la misión evangélica, recomendamos lo siguiente:

1. *Vida de santificación. El cristiano es llamado a consagrar a Dios todos los aspectos de su vida. Como está escrito: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Ped. 1:13-16).*

Al hacer la voluntad del Maestro, “debemos llegar al punto de reconocer plenamente el poder y la autoridad de la Palabra de Dios, ya sea que concuerde o no con nuestras opiniones preconcebidas. Tenemos un libro-guía perfecto. El Señor nos habló a nosotros; y, sean cuales fueren las consecuencias, debemos recibir su Palabra y practicarla en la vida diaria. De otro modo, estaremos escogiendo nuestra propia versión del deber y haciendo exactamente lo opuesto de lo que nuestro Padre celestial nos mandó realizar” (Elena de White, *Manuscrito* 148, 1902).

- 
2. *Crecimiento espiritual. La santificación implica un continuo proceso de crecimiento espiritual por la gracia de Dios en Jesús, a través de la comunión personal con él por el estudio de la Biblia, por la práctica de la oración y por el testimonio personal. El objetivo es llegar “a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efe. 4:13-15).*

“Muchos tienen la idea de que deben hacer alguna parte de la obra solos. Ya han confiado en Cristo para el perdón de sus pecados, pero ahora procuran vivir rectamente por sus propios esfuerzos. Mas tales esfuerzos se desvanecerán. Jesús dice: ‘Porque separados de mí nada podéis hacer’. Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Solamente estando en comunión con él diariamente, a cada hora permaneciendo en él, es como hemos de crecer en la gracia” (Elena de White, *El camino a Cristo*, p. 68).

3. *Pureza moral. Todo hijo e hija de Dios debe conservar puros el corazón y la mente (Sal. 24:3, 4; 51:10), siguiendo el modelo de Cristo: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3).*

El cristiano debe evitar y rechazar todo lo que pueda contaminar su mente y su vida, llevándolo a pecar. Dos exhortaciones de Pablo sirven para guiar las decisiones del cristiano: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31); “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Fil. 4:8).

4. *Recreación y medios de comunicación. Siguiendo el principio de la pureza moral, el cristiano debe evitar libros y revistas, programas de radio, televisión, Internet o cualquier otro tipo de medio, juegos o equipamientos modernos cuyo contenido pueda contaminar su mente y su corazón. Se debe evitar todo lo que induzca al mal y promueva violencia, deshonestidad, falta de respeto, adulterio, pornografía, vicios de toda clase, incredulidad, uso de palabras groseras o lenguaje obsceno, entre otras cosas. El cristiano no puede conformarse a los valores comunes de un mundo*

*profundamente corrompido por el pecado, sino que debe ser transformado por el Espíritu, renovando su mente a fin de experimentar “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Rom. 12:2; ver también 1 Juan 2:15-17).*

Ciertos lugares públicos de diversión tales como estadios deportivos, teatros y cines, en su programación habitual, son inapropiados para el cristiano adventista. Varios factores contribuyen para esa evaluación negativa por parte de la iglesia: 1) la falta de control sobre el contenido que es presentado o el evento que está ocurriendo; 2) la psicología de masa, que muchas veces lleva a uno a seguir en una dirección que de otro modo no lo haría; 3) el hecho de que todo el ambiente sea planeado para potenciar el impacto sobre el individuo y su mente, facilitando la aceptación, generalmente imperceptible, de ideas y valores contrarios a la fe cristiana; 4) el tiempo y los recursos financieros gastados en esas diversiones, que podrían ser utilizados para otros fines más condecientes con la fe y los propósitos de vida de un cristiano; 5) el testimonio negativo que la frecuentación a esos lugares puede dejar en la mente de miembros y no miembros de la iglesia.

El consejo de Elena de White a los jóvenes acerca del teatro, en su tiempo, resulta aún más pertinente hoy para todos los lugares de diversión: “Entre los placeres más peligrosos, se encuentra el teatro. En vez de ser una escuela de moralidad y virtud como a menudo se dice, es el foco mismo de la inmoralidad. Estos entretenimientos fortalecen y confirman hábitos viciosos y propensiones pecaminosas. Los cantos bajos, las expresiones, las actitudes y los gestos impúdicos depravan la imaginación y rebajan las costumbres. Todo joven que asista habitualmente a tales exhibiciones se corromperá en sus principios. [...]”

“El amor por estas escenas aumenta con cada participación en ellas así como el deseo de las bebidas intoxicantes se fortalece con su uso. La única conducta segura es evitar el teatro, el circo, y cualquier otro lugar dudoso de diversión” (Elena de White, *Mensajes para los jóvenes*, p. 380).

El baile y ambientes sociales como los locales bailables y otros lugares nocturnos son contrarios al principio de la pureza cristiana, dado que excitan las pasiones humanas, la lujuria y la seducción. El baile es comúnmente acompañado por el uso de bebidas alcohólicas, de drogas, de prácticas violentas y de un comportamiento desenfrenado. Su promoción y práctica no armonizan con los principios cristianos adventistas, incluso en un contexto particular, residencial, o en actividades espirituales y sociales realizadas por la iglesia.

La recreación a través de la música, sea religiosa o no, también debe pasar por los criterios bíblicos de la glorificación a Dios y la calidad del material en cuestión. Una discusión detallada de este asunto tan importante aparece en los documentos: “Filosofía adventista del séptimo día en relación con la música” y “Orientaciones sobre la música para la Iglesia Adventista del Séptimo Día en América del Sur”. (<http://portaladventista.org/esp/musica>)

- 
5. *Vestimenta: La vestimenta cristiana es claramente orientada, en las Escrituras, por el principio de la modestia y la belleza interior, que implican el buen gusto con decoro. Los adventistas del séptimo día creen que los principios acerca de la vestimenta que aparecen en 1 Timoteo 2:9 y 10, y 1 Pedro 3:3 y 4, en relación con las mujeres cristianas, se aplican tanto a hombres como a mujeres. El cristiano debe vestirse con modestia, decencia, buen gusto, evitando la sensualidad provocativa tan común de la moda, y sin ostentación de “oro, ni perlas, ni vestidos costosos” (1 Tim. 2:9). Este principio debe aplicarse no solo a las ropas, sino a todos los asuntos que involucren la apariencia personal y sus adornos. Su vestimenta debe evidenciar la riqueza del hombre “interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Ped. 3:4).*

“Se juzga el carácter de una persona por el estilo de su vestido. El gusto refinado y la mente cultivada se revelarán en la elección de atavíos sencillos y apropiados [...].

“Es justo amar la belleza y desearla; pero Dios desea que primero amemos y busquemos la belleza superior, imperecedera. Las producciones más descollantes del ingenio humano no poseen belleza alguna que pueda compararse con la hermosura de carácter que a su vista es de ‘gran precio’” (Elena de White, *La educación*, pp. 248, 249).

6. *Joyas y adornos: Los principios bíblicos de la modestia y de la belleza interior, que aparecen en 1 Timoteo 2:9 y 1 Pedro 3:3, dejan bien en claro que el cristiano debe abstenerse del uso de joyas y de otros adornos, como bijouterie y piercing, y de tatuajes (Lev. 19:28). Según la exhortación bíblica, el cristiano debe llevar una vida simple, sin ostentación, evitar gastos innecesarios y estar libre de todo espíritu de competencia tan común en la sociedad. Estos principios se aplican a las joyas ornamentales. Las joyas funcionales, usadas según el contexto sociocultural, también deben seguir los mismos principios.*

Para el cristiano, la autoestima y la valorización social están fundamentadas en el hecho de que el ser humano ha sido creado a la imagen de Dios (Gén. 1:26, 27); de que cada individuo ha sido dotado de dones y talentos que le son únicos (Mat. 25:14-29); y, sobre todo, por haber sido rescatado del pecado por el más alto precio posible en el universo, la preciosa sangre de Cristo (1 Cor. 6:20). La búsqueda de autoestima y valorización social por medio del uso de joyas u ornamentación externa entra en conflicto con la profunda experiencia cristiana que Dios desea para sus hijos e hijas (1 Tim. 2:9, 10; 1 Ped. 3:3, 4).

Aunque varios personajes bíblicos han usado joyas, el texto bíblico deja en claro que abandonar su uso caracteriza un movimiento de total reavivamiento y reforma espiritual del pueblo de Dios (Gén. 35:2-4; Éxo. 33:5, 6). Y es en ese contexto de reforma y consagración que los apóstoles Pablo y Pedro señalan la norma que debe ser seguida por los discípulos de Cristo. Para los adventistas del séptimo día, esa norma debe ser aún más relevante, dado que nuestra misión como el Elías profético en estos últimos tiempos significa también simplicidad en la vestimenta (Mat. 11:7-10; Mar. 1:6; Luc. 7:24-27). “El vestir en forma sencilla, absteniéndose de la ostentación de las joyas y ornamentos de toda clase, está en consonancia con nuestra fe” (Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 3, p. 280).

7. *Sexualidad humana. La sexualidad humana es presentada en la Biblia como parte de la imagen de Dios en la humanidad (Gén. 1:27), y fue planificada por Dios con el fin de ser una bendición para el género humano (Gén. 1:28). Desde el principio, Dios estableció también el contexto en el que la sexualidad debe ser utilizada: el matrimonio entre un hombre y una mujer (Gén. 2:18-25; Heb. 13:4). La Biblia deja en claro que la sexualidad debe ser ejercida con respeto, fidelidad, amor y consideración por las necesidades del cónyuge (Prov. 5:15-23; Efe. 5:22-33). El adventista fiel debe evitar también el yugo desigual, relacionándose afectivamente y uniéndose en matrimonio solamente con alguien que comparta su fe (2 Cor. 6:14, 15).*

Las Escrituras claramente clasifican como pecado las diferentes formas de sexo fuera de las directrices divinas, como: el sexo premarital y la violencia sexual (Deut. 22:13-21, 23-29); el adulterio, o sexo extraconyugal (Éxo. 20:14; Lev. 18:20; 20:10; Deut. 22:22; 1 Tes. 4:3-7); la prostitución, femenina o masculina (Lev. 19:29; Deut. 23:17); la relación con personas de la misma familia o niños (Lev. 18:6-17; 20:11, 12, 14, 17, 19-21); la relación entre personas del mismo sexo (Lev. 18:22; Lev. 20:13; Rom. 1:26, 27); el travestismo (Deut. 22:5); y la relación sexual con animales (Lev. 18:23; Lev. 20:15, 16).

Las Escrituras también condenan el acoso sexual (Gén. 39:7-9; 2 Sam. 13:11-13); el exhibicionismo sensual (Eze. 16:16, 25; Prov. 7:10, 11); mantener pensamientos y deseos impuros (Mat. 5:27, 28; Fil. 4:8); la impureza y los vicios secretos, como la pornografía y la masturbación (Eze. 16:15-17; 1 Cor. 6:18; Gál. 5:19; Efe. 4:19; 1 Tes. 4:7).

El argumento común de que muchos de esos comportamientos sexuales no eran aceptados en la antigüedad, cuando la Biblia fue escrita, pero que hoy son socialmente aceptados y, por lo tanto, pueden ser incluso practicados por los cristianos, demuestra falta de conocimiento de la realidad que había entre los pueblos vecinos del antiguo Israel. El mismo texto bíblico es muy claro en esta cuestión. Levítico 18 dice que esas prácticas eran comunes y aceptadas en Egipto y, más aún, en la tierra de Canaán (Lev. 18:3, 24, 25, 27). Dios condenó esas prácticas, a pesar de que eran aceptadas en la antigüedad. Los israelitas debían vivir según otro modelo de comportamiento sexual, es decir, lo que está explícito en los mandamientos de Dios (Lev. 18:4, 5, 26, 30).

Sin embargo, para aquellos que sufren tentaciones o que han sucumbido en cualquier área del comportamiento sexual, la promesa de victoria en Dios es animadora: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13); “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). “Quienes confían en Cristo no han de ser esclavos de tendencias y hábitos hereditarios o adquiridos. En vez de quedar sujetos a la naturaleza inferior, han de dominar sus apetitos y pasiones. Dios no deja que peleemos contra el mal con nuestras fuerzas limitadas. Cualesquiera que sean las tendencias al mal, que hayamos heredado o cultivado, podemos vencerlas mediante la fuerza que Dios está pronto a darnos” (Elena de White, *El ministerio de curación*, p. 131).

8. *Salud. El cuerpo humano es el templo del Espíritu Santo y el cristiano debe glorificar a Dios en su cuerpo (1 Cor. 3:16, 17; 6:19, 20; 10:31). El cuidado del cuerpo y de la salud forma parte de la restauración de la imagen de Dios en el hombre: “Dios quiere que alcancemos el ideal de perfección hecho posible para nosotros por el don de Cristo. Nos invita a que escojamos el lado de la justicia, a ponernos en relación con los agentes celestiales, a adoptar principios que restaurarán en nosotros la imagen divina. En su Palabra escrita y en el gran libro de la naturaleza, ha revelado los principios de la vida. Es tarea nuestra conocer estos principios y, por medio de la obediencia, cooperar con Dios en restaurar la salud del cuerpo tanto como la del alma” (Elena de White, *El ministerio de curación*, pp. 77, 78).*

En su Palabra, Dios dio orientaciones claras acerca de la comida (Gén. 1:29; 3:18; 7:2; 9:3, 4; Lev. 11:1-47; 17:10-15; Deut. 14:3-21) y la bebida (Lev. 10:9; Núm. 6:3; Prov. 20:1; 21:17; 23:20, 29-35; Efe. 5:18). La dieta vegetariana es el ideal de Dios para el ser humano (Gén. 1-3), y también la abstinencia de cualquier tipo de bebida alcohólica y de todo lo que sea perjudicial para la salud humana, como las bebidas con cafeína y las drogas (Éxo. 20:13; 1 Cor. 3:17; 6:19; 10:31). Las cosas buenas que Dios creó para el ser humano deben ser usadas con equilibrio y sabiduría (Prov. 25:16, 27). Las cosas malas deben ser totalmente evitadas.

La alimentación adecuada y la abstinencia de todo lo que es perjudicial para la salud son dos de los ocho remedios naturales que Dios prescribió para sustentar una vida saludable y equilibrada, y para la cura de muchas dolencias y sufrimiento: “El aire puro, el sol, la abstinencia, el descanso, el ejercicio, un régimen alimenticio conveniente, el agua y la confianza en el poder divino son los verdaderos remedios. Todos deberían conocer los agentes que la naturaleza provee como remedios, y saber aplicarlos [...].

“Los que perseveren en la obediencia a sus leyes encontrarán recompensa en la salud del cuerpo y del espíritu” (Elena de White, *El ministerio de curación*, p. 89).

